

# Teoría de los instintos e innatismo

## Resumen:

El trabajo actual se propone cumplir dos tipos de objetivos. Por un lado, destacar la labor deconstructiva efectuada por Longa y Lorenzo en relación al concepto de lo innato e, igualmente efectuar un análisis crítico sobre una de las consecuencias a que arriban los autores, una filiación conceptual que hace de los instintos una prolongación del anterior. Por el otro, dilucidar el territorio propio de los instintos a través de dos posiciones características de la reflexión etológica, genocentrismo y desarrollo, representadas por Konrad Lorenz y Henri Laborit. Los argumentos esgrimidos por el último, permitirán establecer una síntesis superadora que amplía la postura alcanzada por Longa y Lorenzo, pero esta vez librando a los instintos de su herencia innatista.

**Palabras Clave:** instintos, innatismo, genocentrismo, teoría del desarrollo.

## Abstract:

The current work aims to meet two types of objectives. On the one hand, to highlight the deconstructive work carried out by Longa and Lorenzo in relation to the concept of the innate and, also to carry out a critical analysis of one of the consequences to which the authors arrive, a conceptual affiliation that makes instincts an extension of the previous one. On the other hand, to elucidate the proper territory of instincts through two characteristic positions of ethological reflection, genocentrism and development, represented by Konrad Lorenz and Henri Laborit. The arguments put forward by



the letter will allow us to establish an overcoming synthesis that broadens the position reached by Longa and Lorenzo, but this time freeing the instincts of their innate heritage.

**Keywords:** instincts, innateness, genocentrism, development theory.

**Juan Manuel Loizzo:** Correo electrónico: [jmloizzo@hotmail.com](mailto:jmloizzo@hotmail.com) ID ORCID: 0000-0001-8116-0927 Licenciado en Filosofía por la UCES, Profesor Ayudante por la UCES. -Profesor designado para recepción y evaluación niveladora de estudiantes ingresantes en la carrera de Filosofía por la UCES, 2013. -JTP. por la UCES en la carrera de Comunicación y Periodismo. Recibido:09/10/20; Publicado 06/04/21

## I. ¿Por qué reducir la noción de instinto al concepto de lo innato?

El minucioso trabajo deconstructivo efectuado por Longa & Lorenzo en su *El innatismo: origen, variaciones y vitalidad de una idea*, resulta motivador y arroja nueva luz a un conjunto de investigaciones que circundan dicho concepto y afectan áreas tan diversas del saber cómo la filosofía, la biología y la lingüística. En consonancia con el psicólogo ginebrino Jean Piaget puede afirmarse: ante todo dogma espero con esperanza a los heréticos...<sup>1</sup> (Piaget, 1972, p. 70). Frase ilustrativa al caso actual, donde se pone de relieve el uso irrestricto de un concepto (lo innato), siendo que en múltiples tematizaciones no se lo somete a escrutinio o revisión. Muy por el contrario, se lo utiliza como un elemento intercambiable y en lugar de proveer explicaciones, se las evade a través del simple hecho enunciativo.

Como acabo de precisar, el aporte de estos autores resulta pertinente. Indagan sobre una problemática que en principio

<sup>1</sup> En este texto Piaget critica al conocido dogma central de la biología molecular: todo circuito orgánico es unidireccional, parte de los genes y en ninguna etapa intermedia tiene la capacidad de variar en sentido de establecerse un recorrido inverso. Este científico se niega a considerar la relación genotipo-fenotipo en estos términos, existe asimismo gran cantidad de estudios que hoy lo avalan. El término “dogma” funciona metafóricamente como si se tratase de un principio biológico insoslayable que no necesita ser demostrado. Otro tanto valdría para lo innato y de allí la referencia.

afecta a la teoría del conocimiento, con sus clásicos adversarios racionalismo y empirismo. Sin embargo, la cuestión no se restringe a este ámbito, las ramificaciones que guarda con el saber en general y con nuestra metafísica básica en particular, ameritan una revisión exhaustiva que garantice un empleo idóneo del mismo. Desde la experiencia cotidiana se puede dar con el siguiente razonamiento: todo individuo se encuentra arrojado al mundo, pero en este proceso no se haya desprovisto de una componente innata que posibilite tal confrontación. Siguiendo a los autores, existen dos tipos de modulación en que discurren las prácticas sociales para dar con lo innato. Se caracteriza así, una versión folk o de sentido común, muy difundida en el universo de hablantes, pero cargada de imprecisiones; más que un concepto claro y distinto, se trata de un supuesto generalizado. Por otra parte, hay una versión culta o científica, capaz de suplir el déficit heurístico arraigado al contexto anterior. Nada de ello -arremeten Longa y Lorenzo- lo innato goza de mayor vaguedad aún en los ámbitos especializados, reforzando al ciclo supuesto-saber.

La tarea deconstructiva, sigue de cerca el recorrido histórico de la idea, desde Platón hasta Chomsky pasando, perentoriamente por Descartes y Leibniz, sus mentores más encumbrados. Se deja al descubierto, igualmente, un conglomerado de términos opuestos, secundados por la fuerza atractora de la idea: innato-adquirido, naturaleza-cultura, genes-entorno, preformación-desarrollo, instinto-aprendizaje. Sobre el último enclave, deseo efectuar una aproximación que complemente la posición sostenida por los autores. Su veredicto resulta irrevocable, hacer a un lado con el concepto de lo innato e incluso con sus filiaciones al considerarlas *non sequitur*, ahora bien,

por la imprecisión incardinada a lo innato o, por la vacuidad que fue adquiriendo en el decurso histórico (Longa; Lorenzo, 2018, pp. 193-196). La posición que sostendré aquí es que los instintos, contrariamente a lo estipulado por Longa & Lorenzo, constituyen un terreno biológico determinado y funcional respecto de los sistemas vivos. Su significación es concreta y verificable.

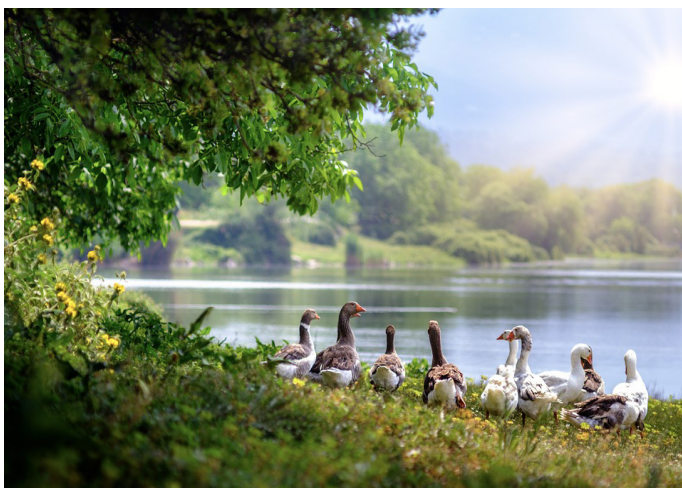
Desde Leibniz, del que aquí simplemente nos valemos como punto de enlace con los ideólogos clásicos del innatismo, la idea de “instinto” y los debates asociados a ella han tenido una rica historia, que tiene fundamentalmente que ver, ya desde el mismo siglo XVII, con la ambición de “naturalizar” (es decir, comprender desde el prisma de una ciencia natural normalizada) las inclinaciones instintivas propias de cualquier organismo. La idea de instinto de hecho, desempeña un papel crucial en el desarrollo histórico de las ideas evolucionistas, que culminan en la consideración por parte de Darwin del instinto como la “unidad” seleccionada naturalmente en el nivel de análisis (plenamente naturalizado) de la mente y el comportamiento (Ibíd., 2018, p.80).

A partir de este punto, prosigue un movimiento de asimilación entre innato e instinto, denominado por los autores naturalización de la idea. Centrándose en lo sucesivo sobre áreas y corrientes de pensamiento donde la etología ocupa un lugar preeminente, en función de la impronta que ejerció sobre la noción de

instinto, al convertirla en tema de debate científico. Pero, sin temor a errar, subsumiendo (los autores de *El innatismo*) la teoría de los instintos a los dominios del innatismo. Como se verá, es la posición etológica de Konrad Lorenz en gran medida la responsable de esta “subducción” conceptual. No obstante, encuentro también en algunos de sus pasajes la clave que permitiría librar a la noción de instinto de su herencia innatista.

## II. Lorenz y el ocaso del genocentrismo

Dos hipótesis de raigambre darwinista secundan al pensamiento de Lorenz: conservadurismo y genocentrismo. En relación a estos ejes, siguiendo a Longa y Lorenzo, se levantan las críticas desarrollistas que buscan dar por tierra con



la teoría de los instintos. La primera de ellas funciona como anverso del mecanismo de selección natural y constituye un *telos* natural al promulgar la estabilidad de las especies. Específicamente, cuando un individuo lucha con otros miembros de su grupo por razones territoriales, reproductivas o jerárquicas, no lleva la disputa natural hasta sus últimas

consecuencias y desiste en propinar la estocada mortal al tiempo que su oponente claudica en seguir adelante con las hostilidades. Este argumento contempla un finalismo naturalista, encausa la noción de instinto y le brinda un objetivo firme, no destruir la vida asegurando a su vez la preeminencia de los más aptos/fuertes. El mismo fue blanco de críticas al menos por dos corrientes biologicistas. Zing Yang Kuo, precursor de la teoría del desarrollo, utiliza un ejemplo del propio Lorenz para refutarlo:

Según Lorenz la conducta en lobos y en perros chow-chow suele acabar sin daños para los contendientes, de lo cual este etólogo infiere que esa conducta deriva de un proceso evolutivo de gran valor para preservar la especie. Sin embargo, Kuo refiere que aunque nunca contempló peleas de lobos, tiene gran familiaridad con las de perros chow-chow de las que vio más de un millar, tanto cuando era niño como en sus experimentos de laboratorio. Esto le permite rebatir a Lorenz, consiste en seleccionar uno de los modelos de lucha (aquel en que no hay daños para los luchadores), erigir una explicación darwiniana e ignorar el resto de los modelos de lucha, es insostenible (Ibíd., 2018, p. 139).



Otro tanto puede apreciarse en Richard Dawkins, uno de los más destacados representantes del genocentrismo, corriente a la que Lorenz adhiere. Dawkins inquiere de la siguiente manera: para individuos de algunas especies un gasto de energía extra puede costarles la supervivencia, a otros, un índice menor. Para el ciervo o el lobo, existen diversas oportunidades para perpetuar sus genes, no así para el elefante marino y el canguro que ponen su vida en riesgo, pero donde sus ganancias son más portentosas también. Lorenz queda en una posición endeble, sus razonamientos venidos a menos, rondan a la altura de un fanático del pugilismo, como si los contrincantes utilizaran guantes de box intentando reducir daños (Dawkins, 1993, p. 89).

Estos contraejemplos, no constituyen un dato menor, imposibilitan las generalizaciones características de los modelos científicos, restando credibilidad a las propuestas del naturalista austríaco.

La otra de las hipótesis por dilucidar, se extiende sobre la síntesis moderna del darwinismo, que vería en los cromosomas develado el misterio de la vida. La estructura genética es contemplada aquí como guía de procesos evolutivos diversos, los rasgos específicos del organismo, pero también para la teoría de los instintos, las pautas motoras y el derrotero propio de la actividad instintiva. Visto así, los genes contienen a los instintos, se hayan manifestado o no al momento en los vivientes. Hay un “despertar” en las conductas supeditado a instancias madurativas: saltar, volar o roer, son actividades que se originan

en consonancia al crecimiento o maduración de estructuras anatómico-morfológicas determinadas. Frente a la pregunta por los instintos, Lorenz se pronuncia a favor de un corpus de tendencias no adquiridas, pre-instaladas, que orientan la conducta y rigen la existencia en modo terminante. Su origen es arcaico remontándose a la filogenia, historia evolutiva de las especies atesorada en su estructura interna:

Quien conoce las fallas patológicas del funcionamiento de los mecanismos innatos del comportamiento que llamamos instintos sabe que es una tontería creer que los animales o las personas se rigen por factores orientadores solamente comprensibles por el finalismo, y que no necesitan explicación causal alguna... Mutación y selección, los dos artífices de la evolución, “inventaron” ese sistema que fue sometido a pruebas muy severas (Lorenz, 2005, p. 100).

Extraordinario por su brevedad, este pasaje revela varias claves del ideario lorenziano. En principio, se levanta bruscamente contra la escuela americana del comportamiento denominada conductista; de ahí la caracterización apuntada como finalismo, que vería en lo instintivo la inmediatez de la acción por oposición a las afirmaciones del austríaco sobre la longevidad y las causas remotas incardinadas a la conducta. Resalta con vehemencia, igualmente, la denominación mecanismos innatos del comportamiento. Liga innato a instinto, haciendo al último deudor de las imprecisiones bosquejadas en el apartado anterior, arrastrando una docena de acepciones diferentes (Longa ; Lorenzo, op. cit., 2018, p. 18). e indeterminadas, ya bien por imprecisión o ausencia de instancias verificadoras. Citando solo un ejemplo, es habitual considerar instintiva aquella conducta que irrumpe luego del natalicio, es decir que evade experiencias

de aprendizaje. Sin embargo, esta distinción excluye al período de gestación donde la conducta pretendidamente instintiva contempla la posibilidad en desarrollarse. Por último y además del sello darwinista, restringe esos mecanismos a los animales y las personas, cerrando la posibilidad *mutatis mutandis* de un continuo en el orden natural. ¿Por qué los otros reinos naturales se encontrarían desprovistos de mecanismos semejantes al instinto, siendo que su estructura interna se compone igualmente de ADN? Las analogías establecidas por Lorenz parecen corresponder a un ideal de continuidad en los procesos naturales, cuestión que aquí no se reitera (Denker, 1971, p. 162).

Volviendo la mirada hacia “El innatismo”, la postura genetista de Lorenz sufre demérito merced los reiterados ataques de Daniel Lherman que hacia 1965 propician una reformulación parcial en su doctrina.

El principal problema de esta concepción estriba, según Lherman (1953, 344), en que ignora que en cada etapa del desarrollo existe una interacción entre el entorno y los procesos del organismo, así como en el interior del propio organismo, y esa interacción, que aparece desde el cigoto, es muy dinámica, al basarse en la etapa anterior y producir la etapa siguiente. Sin embargo, Lorenz pasa por alto todas esas interacciones al creer que la conducta innata se revela mediante una maduración estrictamente genética (Longa; Lorenzo, op. cit., 2018, p.141).

En Lorenz se registran dos tipos de conducta bien definidas, adquiridas e instintivas. Mientras las primeras se desencadenan a partir de estímulos ambientales precisos y sus efectos en la ac-

ción pueden prestarse a variaciones; pe. el descubrimiento de una nueva fuente de energía para una población, donde algunos miembros deciden explotarla o no variando sus hábitos alimenticios en forma abrupta o parcial, etc. Para conductas instintivas, en cambio, el decurso es fijo y los estímulos funcionan como excusa para desencadenarlas, pobreza de estímulo es la denominación que Lorenz prefiere; pe. los experimentos de laboratorio parecen suceder de esta forma, se aísla un espécimen y se observa su conducta, que a pesar de la novedad ambiente-estímulo sigue dando muestras de acciones típicas de la especie (Sober, 1996, pp. 143-147).<sup>2</sup> Lherman, niega las simplificaciones de este esquema y enfatiza la importancia del desarrollo a través de la ontogenia: cada etapa posterior depende de la previa. Teniendo por objeto salvar la noción de instinto, Lorenz flexibiliza la dicotomía abrupta entre adquirido y heredado, situando en medio la epigénesis-desarrollo. Si en el período anterior, el etólogo considera instintivos a los rasgos y conductas en sí mismos, a partir de 1965 incorpora la dimensión informacional del genoma (Longa; Lorenzo, op. cit., 2018, pp. 147-148). La nueva propuesta consiste en afirmar que éste contiene un esbozo de los cursos de acción característicos de cada especie, lo que preexiste y se transmite no es el órgano o la conducta, sino la información subyacente que cual plantilla o, diseño general del organismo

<sup>2</sup> Esta división de las conductas opera en forma similar a la establecida por Sober entre adaptación y adaptativo. Aquellas conductas que se heredan evolutivamente o por vía ancestral son adaptaciones, en Lorenz instintos; en tanto, un rasgo es adaptativo cuando surge un nuevo uso para el mismo, paridad semántica con el concepto de aprendizaje/adquirido, propio de la ontogenia en los organismos.

se enriquece con cada experiencia nueva y etapa concreta del desarrollo.

El genocentrismo en Lorenz ocupa un lugar basal, un fundamento en sentido amplio muy difundido en el siglo XX, merced su apariencia de inteligibilidad sobre los procesos biológicos. Posee dos características, es mecanicista y reduccionista, pretende explicar lo vivo desde una lógica cerrada sobre las causas y los efectos haciendo a un lado por ejemplo con las ideas de propiedad emergente y auto organización en distintos niveles (Hendrickson, 2010, pp. 119-120). También, constituye hoy un paradigma científico caduco, aunque en la época que Lorenz escribe gozó de gran prestigio e interés. Los primeros intentos por “universalizar” esta doctrina a nivel experimental tenían en cuenta organismos simples como la bacteria *escherichia coli* o la mosca del vinagre, que a la postre se mostraron insuficientes para iterar explicaciones respecto de organismos más complejos:

El genoma (la totalidad de los genes) no “programa” el organismo. Virchow tenía razón: toda célula procede de otra célula” (véase Cohen y Atlan, 2005). Suele decirse que el “genoma es el programa del organismo” y a menudo se lo ilustra llamándolo “libro de la vida”. Estas metáforas, ambas problemáticas, son el eco de la idea schrödingeriana de que era posible sacar conclusiones sobre un organismo descifrando su genoma... si los requisitos de un programa tal son que éste sea inequívoco, coherente y definido con precisión, el genoma no cumple con ninguno de ellos (Ibíd., p. 116).

La dimensión informacional, incorpora al desarrollo como un elemento más, aditivo, nunca decisivo respecto de los instintos. El ADN sigue ocupando el

lugar del libro de la vida con una leve variación: primacía causal de los genes sobre el organismo. Conservadurismo y genocentrismo, funcionan en Lorenz como anillo al dedo, si uno de los dos falla, la teoría entera sucumbe: sin plan no hay finalidad. La información genética no se manifiesta a través de la conducta, los genes no aportan instructivos para producir órganos o pautas de acción sino proteínas (Longa; Lorenzo, op. cit., 2018, p. 150). La conducta, tampoco brinda señales concretas del conservadurismo; la multiplicidad de ejemplos naturales en lugar de facilitar, entorpece las explicaciones. La primera batalla es para la teoría del desarrollo.

### III. La autonomía de los instintos

A pesar de los resultados negativos arrojados al momento, la naturaleza brinda muestras abundantes de comportamientos instintivos. Bajo el nombre de conductas típicas de la especie se aprecian un conjunto amplio de hábitos que demandan una concreción omisa, hayan sido producto de un aprendizaje franco o no obvio, ello no aporta novedad.<sup>3</sup> Por lo general, se vinculan a la

---

3 Por aprendizaje franco, se entiende cierta forma de transmisión o copia y replicación sobre determinadas conductas, pe. la leona que le enseña a cazar a sus cachorros a través de la búsqueda y acecho de presas, donde también se combinan elementos lúdicos que ponen en contacto a los cachorros de una misma camada entre sí. Se trata de eventos observables bajo un circuito que puede llamarse de instructor-aprendiz. Por otro lado, en *El innatismo*, se encuentran claras alusiones de aprendizaje no obvio: las crías de conejos seleccionan cuidadosamente los alimentos a ingerir sin mediación del circuito anterior, la información que adquieren para efectuar este procedimiento

estructura morfológica del viviente y del tipo de relación que establece con su entorno. Estas conductas se caracterizan por ser pulsionales y no responden a finalidades ulteriores, salvo que el observador desee tributarle alguna. La idea de conservación de las especies excede el ámbito individual, e incluso grupal, es un tipo de inferencia de gran amplitud que encuentra multiplicidad de obstáculos como los mencionados con antelación.<sup>4</sup> Por otra parte, estos impulsos “absorben” al organismo y lo “obligan” a efectuar ciertas actividades, aunque ello demande sacrificar necesidades básicas para la supervivencia. En términos del naturalismo clásico (Historia Natural), son también las notas distintivas de la especie o caracteres, que hacen a la equinidad del caballo o, a la capacidad de disimulo ambiental propia del camaleón:

Sabemos que nuestros perros ejecutan apasionadamente los movimientos de olfatear, buscar por los rincones, correr, perseguir, morder y sacudir hasta matar, tengan o no hambre. Y los amigos de los perros saben bien que por desgracia no es posible quitarle a un perro entusiasta cazador las ganas de cazar, por bien que se le alimente. Otro tanto suce-

---

es transmitida por señales químicas en el período de gestación vía uterina, o a través de la placenta. Esto permite a los autores negar que los instintos alimenticios en los gazapos son innatos, por medio del desarrollo en el vientre materno se especifican conductas que de otro modo carecerían de explicación racional. Considero que estos dos esquemas, amén su coherencia explicativa que sirve para “descargar los poderes mágicos de los genes”, nota de la mayor importancia; no contribuye a la abolición de la teoría de los instintos, siempre y cuando quede circunscripta, al menos provisionalmente, al ámbito de las conductas típicas de la especie.

4 Ver Supra, p. 4-5.

de con los movimientos instintivos que hace el gato para cobrar una presa, o con el conocido rodeo y acecho del estornino, movimiento que ejecuta casi continuamente el ave, esté o no hambrienta, así como con todos los movimientos que contribuyen a la conservación de la especie: correr, volar, roer, picotear, cavar, limpiarse, etc. Cada una de estas coordinaciones hereditarias tiene su propia espontaneidad y es causa de su propio comportamiento de apetencia (Lorenz, op. cit., 2005, p. 101).

Ya en el terreno propiamente instintivo, es conveniente efectuar una división en dos niveles, supra e infra, respectivamente. Existen estos “pequeños” instintos que caracterizan a la amplia gama de formas de vida, pero también, grandes conformaciones de las cuales ellas dependen y que Lorenz resume en cuatro: hambre, reproducción, huida y agresión (Ibíd., p. 113). El etólogo realiza un relevo profundo sobre la agresión intraespecífica, su significación y funciones que pueden resumirse siguiendo a Rolf Denker en: garantizar la preeminencia de los individuos más aptos en cuanto reproducción, la distribución uniforme del espacio vital y el establecimiento de jerarquías dentro de las poblaciones, que regula a los otros factores. Es importante hacer notar que este modo particular de agresión se encuentra presente en vivientes con “valencia de hogar”, es decir en aquellos organismos donde la identificación de miembros a través de vínculos precisos cobra un sentido afín al de supervivencia. Es en esta franja de vivientes, en los animales gregarios, donde el instinto de agresión ad-

quiere autonomía y sirve para otros fines que la mera rivalidad entre miembros. Lorenz no es del todo claro, unas veces la presencia de uno de los grandes instintos anula al resto, otras veces hay una convivencia pacífica o equilibrio y en otras oportunidades varias de estas conformaciones entran en pugna (Ibíd., pp. 107-123). Se trata en todo caso de un juego singular de fuerzas donde la autonomía de una de ellas, o mejor, la heteronomía impuesta al resto de las pulsiones se basa en una relación dinámica. La metáfora que utiliza para inteligir esta cuestión la toma Lorenz de Julian Huxley y consiste en considerar al organismo como una embarcación y a los instintos como tripulación, donde unas veces hay consenso sobre quién dirige y otras no, de allí la designación elegida como gran parlamento de los instintos (Ibíd., pp. 101-103).



Más esclarecedora resulta la posición etológica sostenida por Henri Laborit. Además de ser ambientalista y no apelar al genocentrismo como matriz teórica, incorpora una visión endógena que destaca el funcionamiento del sistema nervioso en relación a las respuestas del organismo frente al medio y las propias



necesidades. En consonancia con los párrafos anteriores, el cabo de marras puede situarse alrededor de los animales gregarios. Estos convergen en un amplio repertorio de formas cuyas estructuras van variando en complejidad, de los insectos sociales al hombre, destacándose un conjunto de notas que permiten a Laborit concebir un marco explicativo común. El autor da cuenta de tres grandes centros neuromotrices inscriptos en el *homo sapiens*: cerebro reptil, de la memoria y del neocórtex; superpuestos y capaces de brindar una explicación integral, teniendo en cuenta que el nivel de análisis superior permite vislumbrar al mismo tiempo aquello que sucede en los niveles menos evolucionados ya que los incorpora. El nivel más básico, el reptil (denominado así por Mac Lean) es fundacional, ya que los otros niveles dependen absolutamente de este estrato primigenio. Internamente, se encuentra dividido en tres circuitos neurofisiológicos bien definidos (según la nomenclatura del autor): MFB/fascículo de la recompensa, SAA/sistema de evitación activa y SIA/sistema de evitación pasiva; estas vías, ordenan las conductas y se constituyen como determinantes biológicos en sentido amplio.

La acción más elemental a que todo organismo tiende, más allá del nivel de organización por estudiar, es al mantenimiento de la propia estructura. Actividad de consumo dirá Laborit, apuntando a los seres pluricelulares, cuando las variaciones que sufre su medio interno buscan ser compensadas mediante la incorporación de energía proveniente del entorno. En los animales: comer, beber y copular, constituyen ese “grito” natural, de apetencia, que en cuanto es satisfecho produce trazas en el sistema nervioso también denominadas huella (Laborit, 1986, p. 35). Es en la memoria a largo

plazo donde los organismos superiores obtienen la información necesaria para alcanzar su homeostasis, provocando un reforzamiento positivo cada vez que descompensaciones análogas los afecten. Pero, esta actividad ya no será enteramente regulada por el MFB en estado puro, siendo que de la relación establecida entre organismo y ambiente surge un subproducto-aprendizaje que será almacenado como información que ordenará *a fortiori* la repetición de la experiencia que será recompensada nuevamente o no por el MFB. En caso de no brindar satisfacción, la nueva experiencia cambia su curso habitual y se transforma en neutra o también en nociceptiva, así los otros circuitos pueden entrar en escena. Por ejemplo, una fuente de alimento que en principio brinda saciedad, puede transformarse en nociva dependiendo del contexto: el oseño que descubre un panal y se alimenta sin mayor dificultad, gracias a un pelaje que lo blindo frente a posibles daños propinados por los guardianes melíferos busca repetir/reforzar su satisfacción, pero ataques reiterados en su hocico le provocan ardor e indefensión. Al punto, la experiencia sufre cambios cualitativos que activan otro de los circuitos, huida o lucha para escapar de la punición (SAA); o perplejidad y estupor si se activa el sistema inhibitorio (SIA). Todos ellos acompañados por un efluvio de mediadores químicos (dopamina, adrenalina, noradrenalina, serotonina, etc.) que funcionan en cada caso como motor interno que estimula el tipo de acción por desarrollar. Son pulsiones que se manifiestan en forma de respuesta ordenada tras (durante) la confrontación viviente-experiencia.

Este tipo de razonamiento, permite a Laborit afirmar que la agresión intraspecífica no es un verdadero instinto (Ibíd., p. 75). Es el producto del cruce

entre organismo y entorno. Las funciones establecidas por Lorenz: preeminencia reproductiva, distribución del territorio y jerarquías; cobran en Laborit un sentido renovado. Los animales gregarios siguen el instinto del MFB, persiguen su placer, buscan acaparar satisfactores y de esta manera entran en competencia unos con otros por su adquisición (Ibíd., pp. 79-82). En realidad, la agresión no es un elemento preinstalado en los vivientes, la persecución de satisfacción, la devolución al estado de equilibrio, sí lo es. Aunque, por supuesto, ésta no funciona en el vacío. Depende de las experiencias para actualizarse, al tiempo que se complejiza o enriquece a través de cada episodio concreto, en cuanto pasa a formar parte del reservorio en la memoria a largo plazo. En el humano, el desenvolvimiento de estos circuitos básicos se complejiza, la presencia de aquella estructura antes mencionada, neocórtex o cerebro de la asociatividad, liga representaciones producto de experiencias pasadas llegando a síntesis inusitadas, ya que esencialmente nos son inconscientes.<sup>5</sup>

En consecuencia, ningún instinto funciona solo, sino que es al mismo tiempo un determinante fisiológico y una estructura que se complejiza con cada vivencia, siempre y cuando no resulte impelida por algún inhibidor químico o estimulación provocada bajo condiciones de laboratorio:

---

<sup>5</sup> Laborit afirma más adelante que no se trata del inconsciente freudiano, sino de una gran cantidad de automatismos que de continuo son incorporados por el organismo a través del sistema nervioso y donde el lenguaje tiene por función ocultar este menester. En todo caso no hay represión sino ocultamiento en cuanto al modo particular en que se va construyendo el MFB del individuo bajo la impronta socio-cultural.

En efecto, el recién nacido raramente muestra un comportamiento de agresividad defensivo y, si está situado en un medio en el que no experimente dolor ni frustración, es posible impedir la aparición de la agresividad defensiva. También aquí, gracias a la utilización del aprendizaje y el recurso a la memoria y a la huella, es como se han podido conseguir animales domésticos a partir del lobo. Por otra parte, hay que observar que es también mediante el aprendizaje de la recompensa y de la punición cómo puede amaestrarse a un perro lobo, que en este caso no hará otra cosa sino expresar bajo mandato la agresividad de su propietario (Ibíd., p. 88).

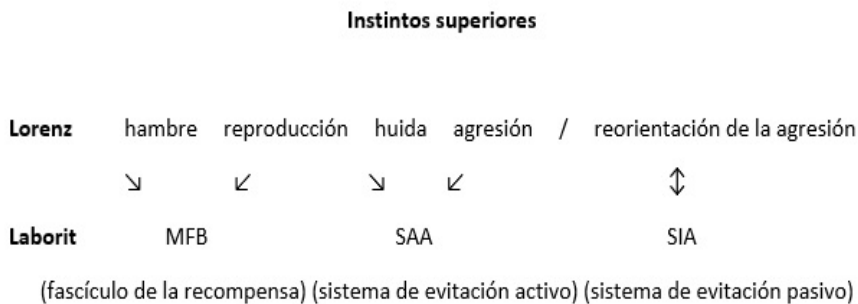
Los instintos no son ni enteramente innatos ni enteramente adquiridos, dependen del desarrollo entendido como proceso biológico donde la plasticidad del sistema nervioso cobra un papel central. Para que el perro cazador de Lorenz persiga, muerda y sacuda hasta matar a su presa, tenga o no hambre; tiene indefectiblemente que haber trazado previamente un esquema que parte del MFB hacia el sistema límbico y nutrirse de experiencias sucesivas con retroalimentación del circuito, para que dichos automatismos sean efectuados en forma omisa. La maduración de estructuras tiene, igualmente, una importancia capital, existen períodos críticos para adquirir automatismos instintivos: un lobo que no aprende a cazar en manada y a coordinar su acción con otros de su especie, no es ningún lobo.

#### IV. Comentarios y reflexiones

La teoría de los instintos no constituye un corpus definido de conocimientos, como referirse a la física clásica o a la teoría de la evolución, en realidad sus postulados tienden a flotar libremente al

interior de variadas disciplinas. Deudora del apogeo genocentrista y también fiel a su ocaso, no deja de hacerse presente cada vez que los esquemas causales yerran al momento de inteligir algún tipo de conducta compleja y espontánea; es el momento de su entrada triunfal que funciona mayormente como disuasión en la explicación. Salir de esta encrucijada, planteando los asertos alcanzados por la reflexión etológica quizá sea el camino adecuado para salvar a la noción de instinto del mero uso retórico.

A modo de corolario, el camino surcado pretende escindir los instintos del territorio problemático de lo innato. Una difícil tarea a partir de la cual dos posiciones en principio opuestas, por pertenecer a horizontes epistémicos incompatibles, la de Lorenz y Laborit, revelan un paralelismo estructural a la base:



Para Henri Laborit, sólo el MFB es instintivo, este circuito como en Lorenz preexiste a los organismos, su origen es hereditario, mejor dicho, genético (Ibíd., p. 30). Aunque superfluo, ya que el reforzamiento de la satisfacción culmina suplantándolo. Entonces, todo circuito neurofisiológico/instintivo se constituye en relación con la vivencia. Los genes producen proteínas, ni rasgos

y, en menor índice conductas.<sup>6</sup> El gráfico, es claro, existe una correspondencia uno a uno entre los determinantes básicos de la vida para organismos dotados con sistema nervioso. Sólo se muestra oscura la última correspondencia entre reorientación de la agresión y el SIA. En realidad, Lorenz cuando se explaya sobre las cuatro grandes pulsiones menciona únicamente la palabra agresión, que es muy amplia; para los organismos con valencia de hogar la reorientación de esta pulsión, siguiendo sus argumentos, produce los sentimientos que podemos denominar de amor y amistad (el vínculo). Se trata de un nuevo uso, que bajo el ordenamiento de Laborit consiste en inhibir una conducta y desplegar la agresividad en un objeto sustituto. Los resultados son análogos, aunque para cada pensador varíe su origen. La primera respuesta en torno a los instintos,

fue ponderarlos bajo una lógica cerrada, interior a los vivientes donde los estímulos eran una suerte de excusa, un complemento. Laborit, en cambio concibe a los organismos como sistemas abiertos, los desencadenantes para la acción producen trazas indelebles en el sistema nervioso, de allí su marcado ambientalismo que lo hace precursor de la teoría del desarrollo.

<sup>6</sup> Ver Supra, p. 7.

Hasta aquí, se analizó lo concerniente al nivel superior, los determinantes fisiológicos más específicamente. Pero también existen esos “pequeños” instintos, propios de cada especie donde las previsiones desarrollistas, las sostenidas por Longa y Lorenzo, permanecen ofuscadas en equiparar instinto con innato:

Asumir que una conducta se ejecuta sin experiencia previa ignora que esa conducta puede estar conformada por variados mecanismos, muchos de los cuales pueden ser adquiridos, aunque son dejados de lado porque lo que prima, señala Kuo, es el interés en la propia reacción final, contemplada como plasmación de un instinto. Por ejemplo, Kuo discute el acto de caminar considerado antaño y hogaño como un instinto. Según este autor, en esa conducta intervienen muchos mecanismos que son adquiridos, como los movimientos del tronco, cabeza, piernas, pies y brazos. Todos ellos necesitan de una coordinación antes de poder caminar, por lo cual esa conducta no es heredada, sino adquirida, precisando la madurez de sus sistemas de acción. Por ello sostener que caminar es innato (esto es, centrarse solo en el resultado final) puede hacerse únicamente a costa de ignorar la historia de desarrollo de esa conducta (Longa; Lorenzo, op. cit., pp. 133-134).

Para algunos animales como el humano, este argumento es pertinente. La desproporción entre cabeza y extremidades, sumada a la carencia muscular para efectuar este modo típico de desplazamiento, hace forzosa la idea maduración de estructuras y adquisición de habilidades motrices en forma paulatina. Sin embargo, qué decir de la jirafa o del elefante que adquieren la capacidad de caminar como de un golpe. Este es un tipo de problema que se puede denominar: del contraejem-

plo, afectó igualmente a los razonamientos de Lorenz.<sup>7</sup> Pero, fundamentalmente, sirve para enfatizar que no existen razones suficientes para excluir lo adquirido de lo instintivo. Al romper con la afiliación instinto-innato, también cae la dicotomía con lo adquirido. En Laborit se encuentra esa síntesis superadora, a través de la descripción de circuitos neurofisiológicos, que no son genes, sino estructuras estables conectadas con el entorno intra e inter orgánico: los instintos son susceptibles de análisis desarrollistas.

## Bibliografía

- Dawkins, R. (1993). *El gen egoísta*. Barcelona: Salvat.
- Denker, R. (1971). *Elucidaciones sobre la agresión*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Hendrickson, M. (2010). “El espíritu de Schrödinger.” En Gumbrecht, H.; Harrison, R.; Hendrickson, M.; Laughlin, R. (Eds.) *Mente y materia. ¿Qué es la vida?* (pp. 79-162). Buenos Aires: Katz.
- Laborit, H. (1986). *La paloma asesinada. Acerca de la violencia colectiva*. Barcelona: Laia.
- Longa, V.; Lorenzo, G. (2018). *El innatismo. Origen, variaciones y vitalidad de una idea*. Madrid: Cátedra.
- Lorenz, K. (2005). *Sobre la agresión. El pretendido mal*. Madrid: Siglo XXI.
- Piaget, J. (1972). *Del idealismo físico al idealismo biológico*. Barcelona: Anagrama.
- Sober, E. (1996). *Filosofía de la biología*. Madrid: Alianza.

<sup>7</sup> Ver Supra, pp. 4-5.